

y en la que brillaron en todo su esplendor los mayores ingenios de la época, y recibieron su bautizo de gloria jóvenes meritísimos de los que ya no pocos pagaron el último tributo á la madre tierra, y otros aun viven circuida la frente del lauro inmortal.

La labor de Altamirano fué continuada, y por ende, copiosa, y constituye uno de los más preciados florones de nuestra literatura. Su lírica se marca por la sencillez, la naturalidad y la galanura del estilo; por la pureza de la dicción, el fino aticismo en la forma, y la frescura de la inspiración; quedó esparcida como lluvia de flores de inextinguible perfume en las diversas publicaciones en que tomó parte, ora como director, ora colaborando, y de ella una buena porción se halla coleccionada en su libro intitulado *Rimas*.

Don Vicente Riva Palacio, *el General*, sinécdoque con la cual llegó á ser designado en la república de las letras matritenses, fué otro de los ingenios más fecundos de que puede enorgullecerse la patria mexicana. Él, como Altamirano, fué abogado, y como él sólo hizo de su profesión título honorífico. Nos atrevemos á pensar que tomaron el título para no ser condenados al limbo de los *bohemos*, en un época en que ser poeta ó literato era punto menos que sinónimo de holgazán ó de hombre inútil. Era que para los ímpetus de su fantasía, de su potencia creadora, habría sido intolerable tortura quedar aprisionados dentro del formalismo de la Curia ó los rigores de la dialéctica forense.

Espíritu vasto y dotado de admirable facultad de adaptación á todo lo que cae bajo los dominios de la intelectualidad, Riva Palacio aplicó con feliz acierto sus talentos á materias de varia índole, ya en ciencias, bien en letras ó en arte, y siempre salió airoso, cuando no aplaudido en lo que emprendió.

Ardoroso partidario de los principios de la civilización moderna, se coligó bajo los estandartes del liberalismo radical, sabiendo mantener esos principios en todas las lizas: en el periodismo, en la tribuna, en las batallas, que tal como manejaba la pluma, esgrimía la espada. Era el Caballero de la Libertad, cuya vela de armas había hecho en su cuna misma. Es sabido que por sus venas corría sangre del Mártir de Cuilapán, con lo que huelga agregar si fué patriota, y como patriota y como liberal nunca se dió á partido, que siempre sostuvo valeroso la integridad de sus convicciones cívicas. Si bien la fortuna le sonrió por todos lados, justo es decir que supo ganarse sus favores.

La lírica de Riva Palacio no fué abundante, pero en cambio delicada, exquisita, deleitosa. *Páginas en verso* es el título de un pequeño tomo de sus poesías, y el de *Apólogos y Cantares*, otro no mayor que contiene lo que dió á luz bajo el seudónimo de «Rosa Espino,» que logró hacer pasar como respondiendo al nombre de una poetisa real y efectiva; tal fué el arte con que acertó en esa producción á interpretar los sentimientos de delicadeza y ternura femeniles.

Riva Palacio consagró la mejor parte de su vida á labores literarias, de las que dejó monumentos de toda especie, como aun habrá ocasión de consignarlo en estas páginas.

En Yucatán, á donde el plan que venimos siguiendo obliganos á volver la vista, después de la muerte de la revista *El Pensamiento*, sobrevino en las letras perezosa somnolencia, que un grupo de entusiastas jóvenes trató de sacudir, acogándose á la magistral dirección de D. José Antonio Cisneros, D. Fabián Carrillo y D. Pedro Ildelfonso Pérez. Desgraciadamente, el entusiasmo no basta á realizar por sí solo los prodigios reservados al ingenio, y la empresa de aquellos muchachos fué punto menos que un aborto. Señales de aquel movimiento, que no pasó de conato, fueron las revistas que llamaremos literarias *La Guirnalda*, *El Álbum Yucateco* y *El Repertorio Pintoresco*, en cuyas páginas, exceptuando lo que para ellas compusieron los directores y D. Ramón Aldana, D. Juan Antonio Esquivel, D. Eligio Ancona y D. Pedro de Regil y Peón, lo demás acusa menos que aptitudes literarias, un noble esfuerzo por alcanzarlas. Mientras en Mérida se operaba este intento, en Campeche otra falange de entusiastas fundaba la revista *El Campechano*, en la que hicieron sus primeras armas jóvenes talentos que al correr del tiempo vendrían á ser figuras de primer orden en la política.

Dos poetas se revelaron en *El Campechano*, D. Pablo J. Araoz y D. Joaquín Blengio. El primero, que del anagrama de su apellido hizo el seudónimo «A. Rosa,» con el que signó sus producciones líricas, se dió á los cantares populares y al humorismo, en los que fué y ha de seguir siendo justamente celebrado por la ingenua gracia de su estro. El segundo, que aspiró al Parnaso ya en virilidad plena, no cultivó la poesía

en otra forma que en la del soneto, como si las dificultades del compendioso poema desafiaron su temperamento fogoso y tesonero.

Su grande amigo D. Joaquín Baranda dió á la estampa una selecta colección de los sonetos de Blengio, con un erudito y galano estudio sobre ese género de composiciones, que el distinguido estadista puso á guisa de prólogo en cabeza del volumen.

El esfuerzo de la juventud de Mérida y de Campeche halló correspondencia en la capital de Tabasco, donde un devoto de las letras, un humilde artesano á quien sus empeñosas aficiones al estudio lo levantaron á la altura de poeta lírico, y luego á puestos públicos no desdeñables, D. León Alejo Torre, bajo la dirección de D. Límbano Correa, poeta y literato de no escaso fuste, fundó la revista *La Abeja*, en la cual tuvo por aplaudido colaborador á don Justo F. Santa-Anna, poeta, periodista y patriota esclarecido, que vivirá sin tasa en el corazón de sus paisanos.

Aun cuando Veracruz no puede ser estimado como un foco aparte de cultura, por el motivo que nos determinó á considerar separadamente á Yucatán y á Jalisco, hay que saber que la literatura tuvo allí vida y desarrollo propios. Sobresalieron en la lírica con empuje y originalidad características, los hermanos don Mariano y D. José María Esteva, á quienes somos deudores de ensayos felicísimos de poesía regional, netamente mexicana, y D. Manuel Díaz Mirón, de altísimo numen, entonación vigorosísima y admirablemente armoniosa. En el alejandrino compitió con el yucateco D. Pedro Ildelfonso Pérez, y sus endecasílabos son rotundos y acabados. Este esclarecido poeta parece como que burló la ley del perecimiento, pues una continuación de su propio ser está conmoviendo y arrebatando con la sinfonia de sus potentísimas estrofas á todo el continente hispano-americano (1).

Por el propio motivo que á Veracruz hemos consagrado párrafo aparte, hacémoslo respecto de otro Estado de Oriente, cuya influencia en los destinos generales del país ha sido potentísima. Hablamos de Oaxaca, que si no escatimó su sangre por la conquista de los ideales de la República, no se conformó con eso, ni con ser cuna del fundador del México de la civilización, Benito Juárez, y de tanto ilustre prócer de la política y de las armas, sino que comprendiendo cuánto acrecienta y afirma la grandeza de los pueblos el cultivo de las letras, nunca dejó de ofrendar al divino Apolo.

Poca noticia tenemos del desarrollo y adelanto de la literatura oaxaqueña en otros géneros distintos del

(1) Noticia más extensa de la lírica veracruzana nos proponíamos consignar, mas á pesar de los grandes empeños que hubimos de impender para obtener datos de quienes con toda competencia podían facilitarlos, tuvimos la desgracia de no conseguir nada. El desdén con que hemos sido tratados por los ilustrados veracruzanos, á quienes nos dirigimos, prueba, no falta de interés por parte de ellos porque las glorias de su heroico Estado sean celebradas, sino celo porque lo sean debidamente. Nosotros defendemos nuestra incapacidad con el *in arduis sat tentare est*.



D. Pedro Ildelfonso Pérez

de la lírica, y de ésta la principal fuente de información debémosla al distinguido novelista D. Emilio Rabasa, quien, bajo el título de: *La Musa Oaxaqueña*, dió á la estampa hace ya quince años una colección de composiciones selectas de los poetas de aquella región, precedida de un breve estudio atinente al asunto.

De esos poetas los más fecundos son D. José María Inda y D. Esteban Maqueo. El primero parece haber sido poco escrupuloso en el respeto al ajeno huerto, pues fué más allá de la feliz imitación de los líricos españoles del siglo XVIII, con lo que pudo y debió conformarse como gloria bastante, llegando á plagiar á los Moratín con admirable desenfado. El segundo, Maqueo, cantó con estro afortunado. Alto el numen y valiente la entonación, fué merecidamente aplaudido y es digno de figurar en la historia de nuestras letras.

Don Carlos López Amelibia no es en modo alguno inferior á Maqueo, y es la ternura, el sentimiento que domina en sus versos. Poeta de tinte místico es D. Juan B. Santaella, ferviente adorador de la Roma pontificia; D. José Guillermo Carbó, poeta y soldado, es lo uno y lo otro con temperamento distinto: soldado, es fogoso, arrebatado, incoercible; poeta, es tranquilo, apacible, inclinado á la meditación. Su hastío de la vida ha de haber sido sincero, y no recurso de enfermizo romanticismo. De dos poetisas se enorgullece la antigua Antequera: doña María Santaella y doña Luz G. Núñez de García. La lira de aquélla suena con vibraciones semejantes á la del poeta Santaella, tal que parecen íntimamente emparentadas. En la de ésta cantan hermanados el amor y la ternura. Al leer alguna composición suya vienen á la memoria Grossi, el autor de *La Golondrina*, y D. José Selgas.

En la colección que hemos consultado figuran otros poetas que el señor Rabasa da por vivos, y no teniendo noticia de que hayan muerto, para no correr riesgo de quebrantar nuestro plan, nos abstenemos de mencionarlos.

Tronó en los Estados de Oriente el cañón intervencionista, enmudeció la Musa, y zampona y lira viéronse trocadas por el bélico clarín y la desnuda espada. Por Occidente, en Guadalajara al menos, la poesía siguió haciéndose escuchar, no embargada por el estrépito de las armas.

La ilustre michoacana doña Ester Tapia de Castellanos reveló por aquel tiempo sus singulares dotes poéticas. Nobilísimo el sentimiento y muy alta la inspiración, cantó á lo grande y elevado: con acento varonil al suscitar el amor á la patria, en horas en que la patria reclamaba el esfuerzo y el sacrificio de los mexicanos contra la dominación extranjera; con delicadeza y ternura al interpretar los afectos del corazón; con acierto y gallardía en todas las ocasiones.

También por entonces hizo su aparición el simpático y sentido poeta D. Joaquín Gómez Vergara, cuyo notable ingenio y dedicación á las lucubraciones intelectuales tanto habrían enriquecido á la literatura nacional si una temprana muerte no nos lo hubiera arrebatado.

El triunfo de la República, consecuencia del acuerdo común y de la fusión de los intereses políticos de los mexicanos, que habían luchado en defensa de ella por toda la haz de su territorio, al afirmar la nacional autonomía, produjo la unificación del movimiento general por el logro de las aspiraciones que reclamaba la nueva etapa recorrida de 1862 á 1867. A partir de esta nueva época las fuerzas del país, antes dispersas y á las veces desmaridadas, obran ya de consuno y en armonía, para producir una resultante general de progreso. La literatura se resiente de ello, y ya la capital viene á ser como el Areópago en que se congrega y brilla cuanto vale en Letras y Arte, para radiar y esparcirse del centro á la periferia.

Ya vimos el papel que representaron en el nuevo impulso que las letras hubieron de recibir, *Fidel* y *el Nigromante*, Altamirano y Riva Palacio. Fué secundada la iniciativa de éstos por el poeta lleno de gracia é ingenio D. Joaquín Téllez, y por el correcto estilista D. Manuel Peredo, agrupados en el *Liceo Hidalgo*, colmena de que fluyó abundante miel de sabiduría y á la que atrajeron al enjambre de jóvenes literatos que aspiraban á ganar merecido renombre.

La asociación literaria que acabamos de mentar puso lo que quizás ninguna otra de su índole en el fomento y estímulo de las letras y las artes, y quedará en nuestra historia como el monumento más significativo de la cultura nacional, ya que en él hallaron cabida y asiento las notabilidades de todo el país.

Derecho conquistó *El Renacimiento* á una vida duradera, puesto que satisfizo plenamente las exigen-



TOMO PRIMERO

LETRAS

POETAS DISTINGUIDOS

D. José Joaquín Pesado. D. Manuel Acuña
D. Manuel M. Flores. D. Manuel Gutiérrez Nájera